

François Bédarida

CHURCHILL

VI. La hora más hermosa (1940 – 1941) (fragmento)

El jefe de una nación en guerra

Después de la guerra, Churchill declarará que en la hora del peligro, él sólo representó los rugidos del león: «Fueron la nación y la raza británica a través del mundo quienes tuvieron el corazón leonino. Yo sólo tuve la suerte de ser llamado a dar los rugidos. Y a veces también, creo que le dije al león dónde utilizar sus garras».¹⁷ Frases bien modestas en realidad: en 1940, Winston fue a la vez el león y su rugido.

Lo que sucede es que entre la nación y el jefe del que se dota, surge una profunda identificación. Patriotismo indestructible, espíritu de resistencia, voluntad de lucha: el Primer ministro encuentra enseguida el tono que debe galvanizar a sus compatriotas, «a partir de ahora los únicos pilotos de su destino».¹⁸ Se ha creado la sagrada unión. En esa nueva atmósfera, un mismo impulso reúne a toda la comunidad nacional y consigue la movilización de todas

¹⁷ Discurso de W. Churchill en Westminster Hall en su 80 aniversario, 30 de noviembre, 1954.

¹⁸ Albert Cohen, *Churchill d'Angleterre (1943)*, París, Lieu Commun, 1985, p. 35.

las energías. Esa voluntad se exhibe por doquier y se expresa de mil maneras, en público y en privado, en la prensa y en todas las conversaciones, entre los civiles y los militares, tanto con buen humor como con gravedad.

Bien es cierto que Winston se beneficia de dos importantes ventajas de la coyuntura. En primer lugar, goza de esa nueva unanimidad en torno al líder -un pueblo resuelto, tenso en la voluntad de resistencia, dispuesto a todos los sacrificios hasta la prometida victoria. Ante el peligro, todas las divisiones de clases, de partidos, de opiniones, se han acallado para dejar sitio a un instinto patriótico común. A los ácidos enfrentamientos anteriores a la guerra le ha sucedido un clima nuevo. La solidaridad nacional prima sobre toda consideración. Al mismo tiempo, sin descanso, con el fin de predecir un radiante porvenir, el Primer ministro realiza hábiles y continuos llamamientos a recuperar las tradiciones y las glorias de antaño. Como ha escrito uno de sus biógrafos, «es el país el que ha cambiado, Churchill ha seguido siendo el mismo. En el transcurso de un verano ha creado una nueva Inglaterra a su propia imagen, heroica. Rechazando el pasado inmediato y desgastado, deprimido y desacreditado, ha resucitado una época romántica y caballerescas».¹⁹

Segunda baza con la que cuenta: en el plano político, el ministerio de coalición formado por Churchill reúne a todas las tendencias y sensibilidades, desde la derecha -los conservadores- hasta la izquierda -los laboristas-, pasando por el centro -los liberales. Contra él no quedan más que pequeñas formaciones marginales: fascistas de Mosley (encarcelado), izquierdistas del ILP (Independent Labour Party), comunistas englutidos en su propaganda derrotista (en junio de 1941, se convertirán en defensores a ultranza de la guerra). A de-

¹⁹ Piers Brendon, *Winston Churchill*, Londres, Secker and Warburg, 1984, p. 142.

cir verdad, es un cambio importante el que ha supuesto asociar al laborismo al poder y llevarle a compartir sus responsabilidades, ya que con ello se consagra la integración del mundo del trabajo en la guerra patriótica -reforzando el sentido democrático del combate, estimulando la movilización industrial y la batalla de la producción- bajo el impulso del ministro de Trabajo, el sindicalista Ernest Bevin, con quien Churchill ha simpatizado desde el primer momento. Los malos recuerdos del pasado, Tonyandy y la huelga general relegados al olvido; sobre todo teniendo en cuenta que el viejo aristócrata de Churchill puede ser tan difícilmente asociado a los obreros de clara sangre roja del Black Country,* como a los banqueros de la City: por lo tanto reina un amplio consenso, lo que traduce perfectamente la adhesión general de la nación a la política del gobierno.

La fuerza que moviliza tanto a civiles como a soldados, ya no es la conquista de tierras lejanas y extrañas como hasta ahora; en estos momentos, representa la conciencia de la lucha por el propio territorio, por el home y los seres queridos. Se vive la convicción de estar defendiéndose contra un agresor bárbaro -el término Huns** ha regresado espontáneamente a las conversaciones-, una cultura única y un universo familiar, el de la Inglaterra de todos los días con sus cottages, pueblos, pubs, canchas de fútbol y de criquet. Ese apego a todo lo que hace bimilenaria una civilización o la convierte en civilización, simplemente. Aunque se habían reído de ella y de sus reivindicaciones, una pacifista y feminista de izquierdas, Vera Brittain, anota: «Hoy en día la línea del frente forma parte de nuestra vida cotidiana. [...] No son sólo los regimientos, los escuadrones,

* Se llama así a una zona industrial situada en los West Midlands de Inglaterra. (N. del T.)

**Literalmente, «los Hunos». Se usó como término despectivo contra los alemanes en la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

los navíos quienes mantienen esa línea, sino la nación entera, las familias y trabajadores unidos».²⁰

Aunque se haya prostituido sin duda alguna el término de «guerra de los ciudadanos» acuñado por el novelista J. B. Priestley, y también se haya abusado del de «guerra del pueblo», en cambio Churchill, erigido en salvador providencial, ha sabido insuflar en todo momento y con una energía tan incansable como inspirada, un espíritu de unidad de la nación en pos del bien común y de la común salvaguarda de la libertad y la cristiandad: *Gesta Dei per Anglos*.

En el terreno material, obedeciendo a la consigna del Primer ministro, se prepara febrilmente la respuesta a un eventual desembarco enemigo. En las proximidades de la costa sur, todos los campos, praderas, terrenos de golf, se hallan erizados de postes, de «trampas para tanques», de obstáculos de toda clase, desde viejos automóviles hasta carretas y somieres. Se cavan trincheras en todas partes, se colocan kilómetros de alambradas. Todos los indicadores de carreteras y pueblos, incluso las placas de las estaciones, son retirados con el fin de despistar al invasor. En el dispositivo de defensa se encomienda una tarea especial a un cuerpo de voluntarios que oscila entre lo civil y militar: la Home Guard. Creado en mayo de 1940 bajo el nombre poco decorativo de «Voluntarios para la defensa local», el cuerpo es rebautizado en julio por Churchill con su genio peculiar para las fórmulas épicas, como «Guardia del interior». Muy pronto contará con millón y medio de hombres.

En esos momentos podemos situar también un episodio menor, pero simbólico, de la determinación irreductible del Primer ministro. Mientras que en tiempos de la abdicación de Eduardo VIII había adoptado una posición sin titu-

²⁰Vera Brittain, *England's Hour*, Londres, 1941, Futura ed., 1981, p. 38.

beos a su favor (que le había costado cara), por fidelidad al monarca, ahora y desde la derrota francesa, le preocupa mucho el comportamiento del ex rey. En efecto, el duque de Windsor se había desplazado a España y posteriormente a Portugal. El gabinete de guerra se temía que la propaganda hitleriana pudiera utilizar a su favor las declaraciones intempestivas -y equívocas- del duque; o aún más, que los alemanes pudieran secuestrarlo y en caso de una invasión de Inglaterra restaurarlo en el trono, provocando así un pleito de legitimidad. En opinión de Churchill había que evitar a cualquier precio que el enemigo pudiera utilizar de ese modo el eslabón más débil de la dinastía. Así pues se decide, para cortar por lo sano, ponerlo a buen recaudo enviándolo como gobernador a las Bahamas. Sin embargo, ante las vacilaciones del duque de Windsor, el Primer ministro se verá en la obligación de alzar la voz. Consecuentemente, le envía telegramas conminatorios reiterándole la orden de plegarse, sin mayor dilación, a las directivas recibidas desde Londres.²¹

En el otoño de 1940 la posición política de Winston se encuentra reforzada, sobre todo en el terreno parlamentario, por su elección a la presidencia del Partido conservador. Ya que paradójicamente, hasta la fecha y en contra de la tradición británica, en lugar de que el Primer ministro fuera al mismo tiempo el líder del partido dominante, era Chamberlain quien se mantenía en esas funciones. Pero como el cáncer que padece Neville se agrava bruscamente en el curso del verano, el antiguo Primer ministro se ve obligado a abandonar completamente la vida política (morirá en noviembre) y los conservadores deben dotarse de

²¹ Cf. MG VI, 1940-1941, pp. 698-709; Michael Bloch, *The Duke of Windsor's War*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1982, y *Operation Willi: the Plot to Kinap the Duke of Windsor, July 1940*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1984.

un nuevo líder. A pesar de las vivas objeciones de Clemmie, Winston decide empuñar la dirección del partido tragándose las numerosas afrentas sufridas anteriormente por parte de los tories. Su cálculo supone una mezcla de habilidad táctica y de espíritu romántico: ¿acaso no tiene ahí una ocasión espléndida para consolidar su imagen de hombre de Estado fuera de lo habitual, por encima de los partidos y las facciones, capaz de unir a todas las clases y sensibilidades? Como por otro lado un gran número de conservadores juzga conveniente beneficiarse de la inmensa popularidad de Winston, éste será elegido triunfalmente el 9 de octubre de 1940 como líder del partido -cargo que va a conservar durante cerca de quince años, hasta su retirada de la vida política en la primavera de 1955.

*

Cuidémonos sin embargo de no caer en la ingenua credulidad de la leyenda dorada que ha permanecido en la memoria colectiva, y que tiende a presentar a la Inglaterra de 1940 como un bloque de heroísmo sin fisuras. Contrariamente al mito -sólidamente enraizado y cuidadosamente cultivado desde 1940-, hace ya una veintena de años que se ha iniciado un trabajo de revisión crítica, resultando de él un cuadro historiográfico muchísimo menos unívoco -y menos caballesc- que el que las tradicionales celebraciones patrióticas han querido hacernos creer hasta ahora. Las grandes líneas, es cierto, quedan en su sitio, pero gran cantidad de datos secundarios resaltan el envés del decorado.

En efecto, junto al espíritu de sacrificio, completamente real, también hay que hablar de los miedos, las cobardías, el derrotismo que recorrieron Inglaterra desde lo más alto a lo más bajo de la escala social; por no hablar del desorden, las rutinas, las divisiones de clase -que no fueron, por cierto, abolidas ni por un segundo. No solamen-

te afloran entonces las intrigas en la cúpula del Estado como hemos visto, en orden a derribar a Churchill para alcanzar una paz negociada, sino que las encuestas de opinión de la Mass Observation, así como los informes oficiales del ministerio de información (apoyadas por otros sobre el control postal), indican un extendido espíritu derrotista, particularmente en los medios populares entre los que es fácil detectar que una fracción muy importante de la población no cree absolutamente nada en las posibilidades de resistir.

En el aspecto militar reinan a menudo la confusión y la incoherencia. Durante el verano ha habido que proceder a la sustitución, por incapacidad, de numerosos generales y oficiales superiores. En la administración civil no faltan las mezquinas conspiraciones y las peleas por el poder: un diplomático ha observado, con un cierto matiz irónico, que para buen número de funcionarios, «la batalla de Whitehall es mucho más importante que la batalla de Inglaterra».²² Felizmente para todos, Churchill está ahí -con su arte incomparable de la comunicación-, para insuflar nuevas energías cuando fallan. Él mismo irradia coraje, confianza, esperanza. Armado con su voluntad sin fisuras, posee una capacidad sin igual para animar a los demás, más allá todavía de cualquier límite que pudiera detenerles. Se desplaza constantemente por el país inspeccionando las defensas costeras, las bases del Fighter Command y las de la Navy, y visitando los barrios bombardeados. Por doquier es acogido con fervor y afecto, a veces incluso con entusiasmo: es el «good old Winnie», el «people's Winnie». En las ruinas de Londres le sucede a menudo que, vencido por la emoción, no pueda contener las lágrimas, lo cual seduce a la masa de

²² Kenneth Young, ed., *The Diaries of Sir Robert Bruce Lockhart*, vol. II, 1939- 1965, Londres, Macmillan, 1981.

cockneys* que se arremolina inmediatamente en torno suyo. Es el hombre providencial, el hombre del momento. Pero también el de la continuidad. Cuando lo escuchamos declarar: «No hay ninguna razón para desesperar por el cariz que toma la guerra. Atravesamos un momento muy malo y probablemente las cosas van a empeorar aún más. Pero si aceptamos sufrir y perseverar, conseguiremos ver días mejores. De eso no tengo la menor duda», podríamos pensar que estamos en 1940, pero en realidad... ¡esas frases están sacadas de un discurso de 1915!²³

Incluso sus peores adversarios han reconocido a Winston el genio de la palabra. De su retórica apasionada, brotan instintivamente las frases memorables. Sabe hallar las palabras que movilizan y suscitan la fe, al modo de una antorcha en un camino sumido en la oscuridad. Según un periodista de una cadena de radio norteamericana, «ha movilizó a la lengua inglesa para lanzarla también a la batalla».²⁴ De ahí la inmensa repercusión que tienen sus discursos, capaces de conmover mentes y corazones, ya que, como han subrayado algunos, sus compatriotas tienen la sensación de que expresa exactamente aquello que ellos dirían si supieran hacerlo. Aunque a Churchill no le guste la radio y prefiera de lejos dirigirse directamente a la cámara de los Comunes, algunos de sus discursos radiados

* Se llama así a cualquier habitante del East End londinense, especialmente si pertenece a la clase trabajadora. Hoy en día, se ha generalizado el uso de la palabra «cockney» para designar el habla popular en la capital inglesa, en general, y muy particularmente la empleada por los taxistas. (N. del T.)

²³ Discurso de W. Churchill en la cámara de los Comunes el 15 de noviembre de 1915, antes de partir hacia el frente: cf. MG III, 1914-1916, p. 567.

²⁴ Edward Bliss, ed., *In Search of Light: the Broadcast of Edward Murrow*, New York, Knopf, 1967, p. 237. Cf. también Edward Murrow, *This is London*, Londres, Cassell, 1941.

alcanzan un enorme nivel de escucha: hasta el 70% de la población adulta.²⁵

Hay que saber sin embargo que el arte de manejar las palabras ha supuesto para él el fruto de un gran esfuerzo. Sus más importantes discursos siempre han sido preparados con extremo cuidado, a menudo meditados largo tiempo y dictados a una secretaria con las frases ya hábilmente construidas, con cada término finamente cincelado. Las alocuciones importantes las redacta previamente, pesando cada palabra, y a menudo las ensaya ante el espejo. Porque si consigue que al fin tantos esfuerzos culminen en un brote emocional, deberá ser porque el propio actor haya estado presente en todo momento formando un binomio perfecto con el profeta enviado por la providencia.

*

Apenas convertido en señor de la guerra, y a pesar de su llegada al poder supremo en medio de una coyuntura trágica, sin cimientos políticos sólidos y sin cuota personal asegurada, Churchill se ha puesto a trabajar lleno de confianza y desplegando en seguida una actividad desbordante, sin contemplar siquiera la posibilidad de un fracaso. Muy rápidamente consigue que cedan todas las dudas y aprensiones ante su carisma personal. El orden, la eficacia y la disciplina prevalecen en los servicios del Estado, muy lejos de las improvisaciones desordenadas y chapuceras que tanto temían los escépticos estados mayores o los funcionarios reticentes. En muy pocos días se impone la autoridad de Winston. Y la nueva maquinaria de mando se limita a funcionar con método y armonía. En sus manos, una suma de poderes, reforzada por su propio poder en los asuntos prio-

²⁵ Acerca del «Audimat» en 1940, cf. R.J.E. Silvey, «Some Recent Trends in Listening», BBC Yearbook 1946, Londres, BBC, 1947, p. 28.

ritarios, que se reserva para sí mismo. En un abrir y cerrar de ojos se ha convertido, y para cinco largos años, en el jefe supremo, en el war-lord de Inglaterra.

Para llevar a cabo su acción con eficacia en ese sistema de poder centrípeto, el Primer ministro dispone de varias bazas importantes. Primeramente, la inmensa experiencia acumulada en el transcurso de cuarenta años de vida pública, y sobre todo después de haber ocupado tantos altos cargos ministeriales. Aún cuando el propio Winston se haya complacido en presentar toda su experiencia anterior como una simple preparación para 1940, de hecho, para cuando llega a jefe de gobierno, la suma de sus competencias -que no pueden compararse a las de ningún otro hombre político, exceptuando Lloyd George- le permite ocuparse de todo, impulsarlo todo, supervisar todo, con justo conocimiento de causa y a veces incluso con una destreza que asombra a sus interlocutores.

En segundo lugar, al mismo tiempo que en muchos otros puntos, Churchill ha sabido aprender de los errores del período 14-18, así como de sus propias equivocaciones y fracasos del pasado; consigue poner en marcha un mando unificado, puesto que ahora es el ministro de Defensa y que los ministros de la Guerra, de la Marina y del Aire están bajo sus órdenes, mientras mantiene un acceso directo y autoridad sobre el Comité de los jefes de estado mayor de las tres armas. Esa estructura de mando, de la que su adjunto inmediato el general Ismay ha sido el arquitecto, va a revelarse a un tiempo lógica y eficaz al estar bien definidas las responsabilidades y claramente especificadas las tareas. Debemos subrayar también que los jefes militares del período 1940-45 son de calidad netamente superior a los de la primera guerra mundial, y que en las esferas superiores el país se ha librado al fin de las peleas incesantes entre militares y civiles, que habían envenenado el clima entre 1914 y 1918.

Por otra parte, ya hemos visto cómo Winston en poco tiempo ha reafirmado su posición en el parlamento. Ya sabe que puede contar junto a él con su «guardia de corps» compuesta por los fieles de siempre, entre otros: Bracken, Morton, «el Profe». Desde el primer momento se ha desembarazado de Hoare enviándolo de embajador a España. A finales de año le toca el turno a lord Halifax, nombrado embajador en Washington en lugar de otro appeaser, lord Lothian, que acaba de morir. Para sustituir a Halifax, Winston nombra en el Foreign Office a Anthony Eden, figura brillante con la que formará equipo durante largo tiempo. Por regla general deja la política interior a otros: a John Anderson por parte conservadora, y sobre todo a los miembros del laborismo con Attlee a la cabeza. Sus campos predilectos son la diplomacia y la estrategia, en los que permanece en contacto continuo con los jefes de estado mayor y con el diplomático Eden, que estará dedicado a ejercer una influencia moderadora en las relaciones exteriores. En total, el gabinete, constituido por personalidades competentes y con sentido del bien público, funciona con eficacia y la máquina aparece en conjunto bien engrasada.

Última baza de Churchill, y no la menor: su sentido de la historia. Sin descanso, el inquilino de Downing Street experimenta el sentimiento de encontrarse expuesto a la mirada de los siglos -al modo de Bonaparte ante las pirámides. A sus ojos, cada día representa, en el reloj de la torre de la historia británica, una nueva página de gloria que se está inscribiendo en ella bajo su liderazgo.

Winston se entrega pues al servicio de la nación en cuerpo y alma, de día y de noche, sin contar el tiempo ni las penalidades. Aunque a veces su edecán, al anotar sus recuerdos, vaya un poco lejos al hablar de «semanas de ciento veinte horas»,²⁶ sí suele ser frecuente que sus días de

²⁶ Cf. Walter Henry Thompson, *I was Churchill's Shadow*, Londres, Crhistopher Johnson, 1951, p. 108.

trabajo oscilen en torno a las quince o dieciséis horas: hermosa marca de resistencia física para un hombre de más de sesenta y cinco años, que sufrirá graves problemas de salud en numerosas ocasiones. Horarios tan poco ortodoxos que por supuesto repercuten en el Civil Service, donde no son muy apreciados esos molestos hábitos y métodos de trabajo. Sin embargo, un joven científico de talento como R.V. Jones, director de investigaciones secretas del ministerio del Aire, contará cómo en cada una de las visitas que hacía al Primer ministro, al salir notaba recargadas sus pilas..., como si hubieran estado unidas a una potente fuente de energía eléctrica.²⁷

Animador infatigable y presente en cualquier circunstancia para enterarse de todo personalmente, Winston continúa sin embargo padeciendo muchos de sus defectos de antaño. Así pues, sigue tan entrometido, tan impaciente, tan imperioso como en el pasado. Interviene en todo, interfiere, impone. En los comités interministeriales y en las reuniones técnicas, tiene que hablar siempre en abundancia. «Winston consideraba los comités -ha escrito un ministro próximo a él, Oliver Lyttleton (lord Chandos)-, como una excelente ocasión para exponer sus ideas o incluso como un banco de pruebas para sus propios discursos. Intervenia frecuentemente fuera del tema, y en tono perentorio.»²⁸ Por ello se escuchan a menudo advertencias contra el «culto a la personalidad». Así, el enfant terrible del laborismo, Aneurin Bevan, aun reconociendo plenamente al Primer ministro su estatus de «líder indiscutido, y portavoz del pueblo británico», un día le espetará en plena cámara de los Comunes: «En una democracia, la idolatría es el peor de los pecados».²⁹

²⁷ R. V. Jones, *Most Secret War*, Londres, Hamish Hamilton, 1978, p. 153.

²⁸ *The Memoirs of Lord Chandos*, Londres, Bodley Head, 1962, p. 293.

²⁹ Cf. Michael Foot, *Aneurin Bevan*, vol. I, 1897-1945, Londres, MacGibbon and Kee, 1962, p. 321.

*

Señor de la guerra, caudillo de hombres, orador sin par, Churchill es también un consumado actor. No solamente sabe cómo utilizar maravillosamente su apellido, su pasado, su apariencia física, sino que también su aura personal se halla potenciada ad libitum, por la proyección mediática, que modela y domina con una virtuosidad prodigiosa. Allá por donde aparezca en público, le rodea inmediatamente una corte de fotógrafos y cameramen de prensa. Su imagen campea por todas partes, reproducida en carteles pegados en los muros de pueblos y ciudades, en las esquinas, incluso en el desierto, o a bordo de los barcos de la Navy. Cada semana, en las salas de cine, de 25 a 30 millones de telespectadores ven proyectado en las pantallas de los noticiarios su rostro familiar y decidido. Al tradicional cigarro puro se añade desde 1941 el símbolo de los dos dedos alzados formando la V de la victoria. Su guardarropa de trajes, de uniformes y sombreros, sabiamente seleccionado, es casi ilimitado. Se lo ve por tanto siempre bien trajeado o de uniforme -la mayoría de las veces de marino o aviador, aunque también de infante o artillero-, y con los tocados más variados, o sea gorras militares o navales, sombreros de paja, flexibles, casco de tommy*, salakoff colonial o cabellos al viento. Pero siempre, siempre, su aderezo se halla cuidadosamente escogido para la ocasión. Babuchas en el desierto y botas para la nieve o las playas. Pero con lo que más le gusta vestirse a Winston en sus momentos de des-

* Del mismo modo que el mote afectuoso de poilu está referido al soldado raso francés de la I guerra mundial, el de tommy se aplicó al soldado británico sin graduación. Ambos siguieron usándose durante la Segunda guerra. No confundir con tommy gun, metralleta ligera, usado recientemente por los «patriotas» irlandeses de ambos bandos. (N. del T.)

canso, es con su «traje de sirena» (siren suit), amplio y de color verdoso que también llama su «mono» (rompers) y que usa en Chartwell, en Chequers, y también a menudo cuando va de viaje o en el mismísimo Downing Street.

Un alto funcionario que lo ha tratado a menudo, describe en estos términos su aspecto físico y sus andares: «Encogido sobre sí mismo, con su aire delicado, el rostro redondo, blanco y rosado, la cabellera escasa y fina, manos de artista. Más que caminar se movía con pesados pasos. Cuando se sentaba en su escaño lo hacía también pesadamente [...], como un monolito». En su despacho y en las reuniones, en general iba muy bien arreglado, llevaba una chaqueta negra con pantalón rayado, camisa siempre inmaculada y una eterna pajarita azul a lunares blancos. Y añade: a pesar de que le gustaba mostrarse exigente e incluso tiránico con sus colaboradores y personal, «cualquiera que se le acercase o sirviese, se convertía enseguida en alguien totalmente fiel».³⁰

Pero la devoción y el prestigio del que goza ya en los círculos de poder, también son compartidos por la inmensa mayoría de los habitantes del reino. Hecho paradójico: él, que no tiene nada de hombre del pueblo ya que siempre fue un privilegiado entre los privilegiados, también ignora olímpicamente las preocupaciones cotidianas de sus compatriotas sin que ello cause el menor daño a su popularidad. Clementine Churchill ha contado después de la guerra, que no había tomado jamás un autobús y que había subido al metro una sola vez en 1926, durante la huelga general -y aun así se había perdido y habían tenido que ir a rescatarle...³¹ Cada mañana su ayuda de cámara es quien

³⁰ George Mallaby, *From my Level*, Londres, Hutchinson, 1965, pp. 29-30. Citado por Angus Calder, *The People's War*, Londres, Cape, 1969, p. 108.

³¹ Cf. lord Moran, *Winston Churchill, the Struggle for Survival*, op. cit., p. 247.

extiende la pasta dentífrico sobre el cepillo. En fin, que por más que le guste ser servido, les da a todos la impresión de que es él -y antes que nadie- el primer servidor de la nación. A los ojos de los británicos es -y lo seguirá siendo-, «Winston superstar».

Poco después de la gran prueba de 1940 -ese annus mirabilis-, Albert Cohen, que se hallaba entonces en Londres, ha trazado de él este retrato en vivos colores: «Lo miro a través de sus sesenta y ocho años. Lo miro. Viejo como un profeta, joven como un genio y grave como un niño. [...] Lo miro. Grande, grueso, sólido, encorvado, amenazador y bonachón, avanza con todo su peso de poder y deber, con su extraño sombrero de notario elegante, con un cigarro en su boca voluntariosa para pasar el rato. Camina rápidamente, pesado y ágil, alegre dios marino entre las dos filas de personas a las que saluda con dos dedos enguantados y que ríen afectuosamente de felicidad y vasallaje. Majestuoso, serio, risueño, de mirada viva, inteligente y fresca, y maliciosa, y leal, va siempre muy a lo suyo, [...] patriarcal y alerta, tan pronto casi burlón como, de pronto gruñón y decidido, aristócrata, familiar, desdeñoso, vitalista, casi furioso y poco después afable e indolente. Y siempre, perfectamente feliz».³²

De todas formas, el testimonio más convincente del Churchill-jefe de la Inglaterra en pie de guerra es el que nos ha dejado el emisario personal del presidente Roosevelt, Harry Hopkins, llegado a Londres en enero de 1941 para estudiar sobre el terreno la escena política británica. Fuertemente anglófobo y mal dispuesto desde el principio hacia el titular de Downing Street, Hopkins se da cuenta enseguida de hasta qué punto Winston constituye el Atlas del combate contra Hitler, el corazón y la cabeza de la lucha del Reino Unido contra la Alemania nazi. «Churchill -escri-

³² Albert Cohen, Churchill d'Angleterre, op. cit., pp. 17-18.

be a Roosevelt en su primer informe del 14 de enero- es por sí solo todo el gobierno, en todos los sentidos del término. Dirige toda la estrategia, a veces hasta en los detalles; el mundo del trabajo confía en él; el ejército, la marina, la aviación, le siguen unánimemente. El mundo político y la crema social parecen quererle. No sabría dejar de subrayar que él es aquí la única persona con la que debe usted permanecer desde ahora en plena y entera comunión.»³³

³³ Robert E. Sherwood, *The White House papers of Larry L. Hopkins*, Londres, Eye and Spottiswoode, 1948, vol. I, p. 243.